

OCTUBRE

EVANGELIOS DOMINICALES Y CELEBRACIONES DE IGLESIA

Familia, vive la Palabra de Dios
Domingo 02.10.2022

La Palabra (Extracto de Lc 17, 3-10)

“¡Estén atentos! Si tu hermano llega a pecar, repréndelo, y si se arrepiente, perdónalo. Y si peca contra ti siete veces al día, y otras siete viene a decirte: <<Me arrepiento>>, perdónalo.” Los apóstoles dijeron al Señor: “Auméntanos la fe.” Y el Señor les dijo: “Si tuvieran fe, aunque sólo fuera como un grano de mostaza dirían a este árbol: <<Arráncate y trasplántate al mar>>, y les obedecería. ¿Quién de ustedes, que tenga un criado arando o pastoreando, le dice cuando llega del campo: <<Ven, siéntate a la mesa>> ¿No le dirá más bien: <<Prepárame la cena y sírveme mientras como y bebo; y luego comerás y beberás tú>>? ¿Tendrá quizás que agradecer al siervo que haya hecho lo que se le había mandado? Así también ustedes, cuando hayan hecho lo que se les había mandado, digan: <<Somos siervos inútiles; hicimos lo que teníamos que hacer>>.”



Evangelio
Lucas 17, 3-10

Una reflexión para la vida de familia

Dialogando con sus discípulos, el Señor les advierte acerca del pecado y las ocasiones que se presentan para incurrir en él en las relaciones cotidianas. Les pide estar atentos, pues en cualquier instante pueden sucumbir frente a la tentación.

Por eso les plantea como deben actuar, incluso con sus más cercanos: “Si tu hermano llega a pecar, repréndelo, y si se arrepiente, perdónalo.” Les pide estar llanos para perdonar, pero también les pide ejercer la corrección fraterna. Esto, porque los seres humanos tendemos a irnos a los extremos, olvidando nuestras responsabilidades. En otras palabras, les pide estar disponibles para entregar el perdón, pero les advierte la importancia que tiene el hacer ver a quien ha incurrido en un error la necesidad de rectificar su conducta.

Acentúa la importancia del perdón haciéndoles ver que no importa la cantidad de veces que sean objeto de una ofensa, pues lo importante es la actitud y la disponibilidad para entregar dicho perdón: “Y si peca contra ti siete veces al día, y otras siete viene a decirte: <<Me arrepiento>>, perdónalo.”

Quizás no reparamos tanto en algo que también es importante y que hemos de tener en cuenta, como una condición previa para entregar el perdón. Esto es el arrepentimiento que debe mostrar el ofensor lo que muchas veces olvidamos fijando nuestra atención en cual ha de ser nuestra actitud frente al ofensor.

Es cierto que el Señor nos pide perdonar siempre, pero Él mismo nos habla del arrepentimiento que ha de demostrar el ofensor y que no son simples palabras para decir: “perdón, perdón”, sin demostrar el más mínimo arrepentimiento. La solicitud de perdón debe estar acompañada no sólo de la expresión me arrepiento, sino que debe expresarse en actitudes, como nos ocurre con Dios. La Confesión exige el arrepentimiento sincero del penitente.

Frente al planteamiento de Jesús ante el pecado, sus apóstoles le piden al Señor: *“Auméntanos la fe.”* Porque entienden que actuar como Jesús les pide es una exigencia no fácil de llevar a cabo, pues la tendencia humana es a esgrimir una defensa antes que la disponibilidad a perdonar.



Jesús les responde, haciéndoles ver que más que necesitar les aumente la fe es pedir tenerla. Así lo reflejan sus palabras: *“Si tuvieran fe, aunque sólo fuera como un grano de mostaza dirían a este árbol: <<Arráncate y trasplántate al mar>>, y les obedecería.”*

Con ello les quiere mostrar que no necesitan de una gracia especial, para tener la fortaleza y actuar como les pide, sino asumir lo que Dios ha sembrado en sus corazones ratificándolo con los mandatos estipulados en la ley que ellos conocían y de la que Él mismo les había mostrado el espíritu.

Por eso les muestra, a través del ejemplo que les pone, que deberían cumplir fielmente lo que Dios ha determinado y vivir conforme a lo mandado desde un principio: *“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con toda tu mente y al prójimo como a ti mismo.”*

El ejemplo que habla del amo y el siervo que ha trabajado la tierra y al volver de su labor aún tiene que atender a su amo, así lo hace ver. Y la conclusión que saca acerca de la actitud del amo, lo ratifica: *“¿Tendrá que agradecer al siervo que haya hecho lo que se le había mandado?”*

En otras palabras, si hacen lo que ya está estipulado en la ley ¿debieran recibir un premio particular? De allí concluye que luego de hacer lo que está estipulado ya en la ley de Dios,

digan: “Somos siervos inútiles; hicimos lo que teníamos que hacer.” Frente a Dios no tenemos méritos para ser premiados.

Esta conciencia de ser coherentes con lo que decimos creer es algo poco común en el ser humano de ahí que surjan conflictos en la convivencia del día a día y cada cual termine por defender lo propio en desmedro de lo del otro o del bien común.

Por eso Jesús da tanta importancia al hecho de escuchar su palabra y guardarla en el corazón para hacerla parte de nuestra vida. Así podremos caminar seguros la senda que nos ha señalado para acceder a la vida eterna.



Si la fe es un don que como todos los dones Dios los otorga conforme a su beneplácito, sí podemos pedirla, pero no necesariamente dependemos de ella como un obsequio necesario, para cumplir lo que Dios nos ha mandado. Nuestra naturaleza creada tienen todo lo necesario para descubrir su existencia y la voluntad para adherirnos a Él, más el amor para hacerlo el centro de nuestra vida. Unidos a Él, estaremos seguros de alcanzar su reino.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Es muy difícil estar siempre dispuestos a perdonar, sea cual sea la ofensa?
- ¿Consideramos el arrepentimiento como algo sustancial frente al perdón?
- ¿Debemos tener méritos para acceder a la salvación que el Hijo nos brinda?
- ¿Sentimos que frente a Dios somos siervos inútiles?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.

*Si tu hermano llega a pecar, repréndelo,
y si se arrepiente, perdónalo.*

Lucas 17,3

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 09.10.2022

La Palabra (Extracto de Lc 17, 11-19)

De camino hacia Jerusalén, Jesús pasaba entre Samaria y Galilea. Al entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se detuvieron a distancia y comenzaron a gritar: “Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros.” Él, al verlos, les dijo: “Vayan y preséntense a los sacerdotes.”

Y mientras iban de camino quedaron limpios. Uno de ellos, al verse sano, regresó alabando a Dios en alta voz, y se postró a los pies de Jesús dándole gracias. Era un samaritano. Jesús preguntó: “¿No quedaron limpios los diez? ¿Dónde están los otros nueve? ¿Tan sólo este extranjero regresó para dar gracias a Dios?” Y le dijo: “Levántate, vete, tu fe te ha salvado.”



Y mientras iban de camino quedaron limpios. Uno de ellos, al verse sano, regresó alabando a Dios en alta voz, y se postró a los pies de Jesús dándole gracias. Era un samaritano. Jesús preguntó: “¿No quedaron limpios los diez? ¿Dónde están los otros nueve? ¿Tan sólo este extranjero regresó para dar gracias a Dios?” Y le dijo: “Levántate, vete, tu fe te ha salvado.”

Una reflexión para la vida de familia

La narración de San Lucas nos pone frente a un hecho ocurrido en la vida de Jesús, cuando, en uno de sus traslados de un pueblo a otro para entregar el mensaje del que era portador, le salen al encuentro diez leprosos que, por motivos de su enfermedad, eran alejados de la comunidad y debían vivir lejos del resto de la gente.

Con seguridad estaban enterados de la fama de Jesús que recorría pueblos y ciudades dando a conocer su mensaje y llamando a la conversión de sus oyentes, al tiempo que les anunciaba la llegada del reino de Dios. Por esta razón, sin acercarse a Él y desde la distancia, gritan para llamar la atención de Jesús: “Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros.” Anidaba en sus corazones la esperanza de que Él pudiera hacer algo para liberarlos de la esclavitud a la que les sometía la enfermedad, muchas veces incurable en ese tiempo.

Ante su clamor Jesús les responde: “Vayan y preséntense a los sacerdotes.” Quizás no era lo que ellos esperaban, pero no obstante siguieron su mandato y emprendieron el camino para entrar donde les estaba prohibido y cumplir lo que el Maestro les había dicho. Es en ese trayecto cuando ocurre el milagro de la cura de su enfermedad.

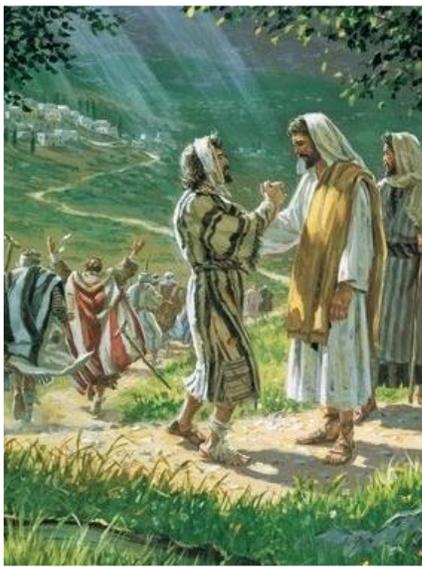
Uno de ellos al verse curado vuelve atrás y alcanza a Jesús arrojándose a sus pies y dándole gracias y alabando a Dios por su curación. El resto también comprobó que no tenían ya la enfermedad y sus heridas estaban curadas, siguiendo el camino para hacer lo que el Maestro les había ordenado y no volvieron donde Jesús para agradecerle el don

de la salud que habían recibido. San Lucas hace mención explícita de que éste era un samaritano a quienes los judíos miraban despectivamente y no se relacionaban con ellos.

Esto llamó la atención de Jesús que preguntó: *“¿No quedaron limpios los diez? ¿Dónde están los otros nueve? Nadie respondió a su interrogante, pues era evidente que habían continuado el camino con la alegría cierta de estar sanados. Por eso agregó: “¿Tan sólo este extranjero regresó para dar gracias a Dios?”*

Al cabo de los años, tras el tiempo transcurrido, la actitud del hombre (varón-mujer) no ha variado sustancialmente, pues dentro de nuestras comunidades podemos apreciarlo, y sin ir más lejos, hasta en la propia vida constatarlo, que para acudir a Dios buscando su auxilio, somos muy propensos, no así para rendirle tributo por su actuación en nuestra vida.

Un ejemplo claro podemos observar en nuestras comunidades eclesiales durante las



celebraciones litúrgicas, en donde se leen grandes listas para orar por las necesidades de muchas personas, pero son escasas las veces en que escuchamos alabanzas o acciones de gracias al Señor por lo operado en tantas situaciones que sin su auxilio no se habrían resuelto.

El Señor que conoce el corazón de los hombres no castiga por eso y los nueve leprosos igualmente fueron sanados del mal que los aquejaba, pero quedaron con una deuda de amor con quien les había devuelto la alegría de vivir y la salud de su cuerpo. Por otra parte, el que fue agradecido recibe una confirmación en su fe que ciertamente será para él un acicate para adherirse más íntimamente al Señor. Así

lo refrendan las palabras de Jesús: *“Levántate, vete, tu fe te ha salvado.”*

La fe que es un don de Dios debe ir acompañada de una actitud de vida que haga presente en nuestro actuar que lo que decimos con los labios sea una realidad en nuestras vidas. Por ello el Señor nos advierte: *“¿Por qué me llaman: <<Señor, Señor>> y no hacen lo que les digo?”* Lc 6,46.

Está bien acudir a Dios pidiendo su auxilio cuando las circunstancias han superado nuestras capacidades para actuar o nos sentimos impotentes frente a la adversidad. Pero igualmente debemos acudir a Él para agradecerle todo cuanto nos da a partir de la existencia, pues si abrimos los ojos cada mañana, es porque Él así lo ha dispuesto y debo ser agradecido por existir.

Si tenemos esta mirada respecto a la vida, veremos cómo su benevolencia está presente en cada detalle y descubriremos que existimos en su presencia, por lo que no debemos ignorarlo, por el contrario, requerimos mantener con Él una relación estrecha, para que nuestra vida de los frutos que su amor espera de cada una de sus criaturas.



Ser agradecidos no es una opción, es una obligación que la utilizamos en la convivencia humana cuando respondemos con un “gracias” frente a una atención que se haya tenido con nosotros. ¿Por qué no hacerlo con Dios que nos sostiene en el ser con todo lo que ello conlleva? Debemos concluir que es una obligación esencial de todo ser vivo.

Hagamos consciente las veces que hemos recurrido a Dios sin reconocer su amorosa providencia y démosle gracias, honor, alabanza y gloria.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿Cómo actuamos frente a una enfermedad que nos aqueja? ¿Nos rebelamos?
¿Si acudimos al Señor buscando su auxilio y no lo conseguimos; lo acatamos?
¿Somos agradecidos por la vida recibida? ¿Cómo lo demostramos?
¿Qué es para nosotros la voluntad de Dios?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.

Y le dijo: “Levántate, vete, tu fe te ha salvado.”

Lucas 17, 19

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 16.10.2022

La Palabra (Extracto de Lc 18, 1-8)

Para inculcarles la necesidad de orar siempre sin desanimarse, Jesús les contó esta parábola:

“Había en una ciudad un juez que no temía a Dios y no respetaba a los hombres. Había también en aquella ciudad una viuda que no cesaba de suplicarle: <<Hazme justicia frente a mi enemigo>>. El juez se negó por algún tiempo, pero después se dijo:

<<Aunque no temo a Dios ni respeto a nadie, es tanto lo que esta viuda me molesta, que le haré justicia para que ya no venga a buscarme.”>>

Y el Señor añadió: *“Fíjense en lo que dice el juez injusto. ¿No hará, entonces, Dios justicia a sus elegidos que claman a Él día y noche? ¿Los hará esperar? Yo les aseguro que les hará justicia inmediatamente. Pero, cuando venga el Hijo del hombre ¿encontrará fe en la tierra?”*



Una reflexión para la vida de familia

En la formación que Jesús imparte a sus discípulos les hace hincapié en la necesidad de orar incansablemente, lo que Él mismo hace pasando noches en oración. Esto porque la oración no es sólo un pedir, sino parte de la relación que debe existir entre Dios y su criatura.

Como sus discípulos eran de la cultura judía donde la oración era parte de un ritual para dirigirse a Dios, Jesús enseña a los suyos que la relación con Dios debe ser como Él mismo lo hace con su Padre celestial, de un carácter más íntimo, como el padre con su hijo.

Por esta razón les narra la parábola del juez injusto y la viuda que le pide hacer justicia. Como era una relación formal dentro de las normas legales, el juez no le da mayor importancia al reclamo de la viuda, pero ante la insistencia de ésta, decide actuar para que no le importune más.

Eso no es así en el caso de Dios en donde la relación de amor del Creador con su criatura tiene otra connotación. Por eso les hace ver la actitud del juez injusto: *“Fíjense en lo que dice el juez injusto.”*

La reflexión de éste es clara: *“Aunque no temo a Dios ni respeto a nadie, es tanto lo que esta viuda me molesta, que le haré justicia para que ya no venga a buscarme.”*

Entonces les aclara que frente a Dios las cosas son distintas, diciéndoles: “¿No hará, entonces, Dios justicia a sus elegidos que claman a Él día y noche? ¿Los hará esperar? Yo les aseguro que les hará justicia inmediatamente.”

Les hace ver que la cercanía con Dios no es como el trato que existe entre los hombres y sus magistrados. Con Dios la relación es de amor. Es a partir de la adhesión de los hombres (varones y mujeres) a Él, lo que amerita un diálogo más íntimo en donde no prime sólo el pedir por una necesidad, sino un diálogo más integral, para saber cuál es su voluntad frente a los acontecimientos del diario vivir. Naturalmente que dentro de ello puede haber una petición concreta, pero ello no es todo, ni el por qué nos relacionamos con Él.

Ya decíamos que Jesús pasaba noches en oración. Si Él, siendo el Hijo eterno del Padre, mantenía esta actitud, con ello nos está mostrando un camino que es fundamental para ser consecuentes con su santa voluntad, pues si no nos dejamos inspirar por Él, andaremos conforme a nuestros antojos.

Por lo tanto, será fundamental que mantengamos una adhesión a Él para que esa relación de amor sea efectiva. Eso lo podremos lograr en la medida de nuestra fe en Él, la que siendo un don debemos pedirla y trabajarla según sean nuestras posibilidades, para conocerle y por el conocimiento amarle y adherirnos a Él como la hiedra a la pared.



Lamentablemente en un mundo que tiende a rechazar su presencia es muy difícil mantener la coherencia entre lo que decimos creer y lo que creemos efectivamente. Por ello es que encontramos muchas personas que se dicen creyentes y cristianos, pero en la práctica no son ni lo uno ni lo otro.

La oración como medio para mantener la unión con el Dios de la vida es esencial en la vida del creyente, pero no debemos olvidar que no sólo debemos hacerlo cuando la necesidad nos urge a buscar la intervención divina, sino en cada circunstancia de la vida. Si la hacemos parte de nuestro estilo de vida se nos hará más fácil mantener esta relación con Dios, pues debemos crear hábitos.

Es como la relación esponsalicia, si nunca le digo al otro que le amo, ¿cómo podrá estar cierto de mis sentimientos hacia él? En el caso de nuestra relación con Dios, ¿cómo hacerlo parte de mi vida si no me dirijo a Él diariamente, aunque sólo sea para decirle “te amo”?

Por eso Jesús insiste en la necesidad de estar en permanente contacto con Él, aunque no sea para pedirle o darle las gracias, sino para hacerlo parte de nuestro diario vivir. Así

nuestra vida se desarrollará conforme a lo que espera de cada uno, pues en ese diálogo amoroso iremos, poco a poco, descubriendo cuál es su santa voluntad, porque ciertamente su Espíritu Santo guiará nuestros pasos.



Es cierto que, en este mundo plagado de ruidos inhumanos, nos faltan espacios para encontrar el ambiente para este coloquio, pero, al igual que los enamorados, debemos esforzarnos para crear dicho espacio y podremos estar ciertos que Dios nos ayudará a hacerlo, pues Él tiene ese anhelo de estar con sus hijos, pero no nos forzará a ello, en reconocimiento a la libertad y voluntad con que ha adornado nuestro ser personal. Debemos tomar la iniciativa, porque Él nos está esperando.

No es necesario hacerlo sólo en el templo, lo que no es malo y si aconsejable. Hagámoslo desde el lugar en que nos encontremos que ahí Él estará.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Creemos efectivamente en el poder de la oración o la hacemos dudando?
- ¿Cuál es nuestra actitud cuando rogamos a Dios y no ocurre lo solicitado?
- ¿En qué ocasiones utilizamos la oración para comunicarnos con Dios?
- ¿Hay momentos en que sólo oramos para alabarle, adorarle y agradecerle?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.

¿No hará, entonces, Dios justicia a sus elegidos que claman a Él día y noche?

Lucas 18. 7

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 23.10.2022

La Palabra (Extracto de Lc 18, 9-14)

También a unos, que presumían de ser hombres de bien y despreciaban a los demás, les dijo esta parábola: “Dos hombres subieron al templo a orar; uno era un fariseo, y el otro un recaudador de impuestos. El fariseo, de pie, hacía interiormente esta oración: <<Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los



hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese que recauda impuestos para Roma. Ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que poseo>>. Por su parte, el recaudador de impuestos, manteniéndose a distancia no se atrevía ni siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: <<Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador>>. Les digo que éste bajó a su casa reconciliado con Dios, y el otro no. Porque el que se engrandece será humillado, y el que se humilla será engrandecido.”

Una reflexión para la vida de familia

Jesús, en su peregrinar de mensajero del Padre, aparte de anunciar la llegada del reino y la necesidad de conversión para recibirle, estaba siempre atento a la actitud de quienes le escuchaban, así podía hacerles observaciones sobre su actuar, si correspondía o no, a lo que Dios espera de sus criaturas. Por eso, cuando veía alguna actitud incorrecta les ofrecía pequeñas narraciones que ponían en evidencia el mal comportamiento. Es lo que ocurre en esta ocasión narrada por San Lucas, cuando Jesús observa a quienes se preciaban de ser justos y despreciaban a los demás.

Toma como ejemplo la actitud frente a Dios de dos personajes, un fariseo que era de una clase más pudiente, con buena preparación y apegado a la letra de la ley y la figura de un recaudador de impuestos para Roma, que era una clase mal mirada y por muchos despreciada, pues se les consideraba como traidores del pueblo judío por trabajar para los romanos.

La narración los presenta orando en el templo al mismo tiempo. El fariseo da gracias por no ser como el recaudador de impuestos, ni como el común de los hombres, dentro de los cuales hay ladrones, estafadores, injustos, adúlteros y más; a la vez que hace una relación de lo que él considera sus buenas acciones: ayunos y diezmos exigidos por su religión. Por su parte el recaudador de impuestos sólo atina a golpearse el pecho implorando la misericordia de Dios, pues se siente un pecador.

Jesús concluye haciéndoles ver que este último volvió a su casa reconciliado con Dios, no así el fariseo pagado de sí mismo; dándoles la razón del por qué: “Porque el que se engrandece será humillado, y el que se humilla será engrandecido.”



Una enseñanza válida para nuestros días, frente a tantos que se consideran más de lo que son por diversos motivos: Una mejor preparación porque tuvieron la oportunidad de estudiar en un buen colegio, por tener un status económico superior, por ser profesionales, por sus relaciones sociales elitistas o su pertenencia a algún grupo de mayor connotación o ser amigos de...

Frente a Dios nada valen estas consideraciones humanas, sino la actitud y disponibilidad del corazón de las personas, ante Él y las leyes que ha puesto para encauzar nuestra vida, a fin de que sigamos el camino del Bien rechazando todo mal.

Jesús, siendo el Hijo de Dios, aunque encarnado en un cuerpo de hombre, para hacerse más cercano a cada uno, no hizo jamás ostentación de esto, antes bien se presenta pobre, desvalido y necesitado. Él nos da ejemplo con su vida de cómo ha de ser la nuestra. Nos plantea que Él es rey, frente a Pilato que le interroga, pero le hace ver que su reino no es de acá.

Él se presenta como el servidor de las necesidades humanas y nos invita a ser parte de su reino, mostrándonos que aquel que esté dispuesto a seguirle deberá asumir esta característica, ser un servidor.

Es por ello que cuesta seguirle, pues el mundo actual nos muestra una cara muy distinta, el individualismo, que nos lleva a encerrarnos en nosotros mismos, impidiéndonos estar atentos para ver más allá de nuestro entorno y, aun así, llegamos al extremo de no ver más allá de la punta de nuestra nariz. Nos hacemos ciegos, sordos y mudos frente a su presencia.

La sencillez que encontramos en la madre de Jesús es otro ejemplo muy cercano de esta verdad. Ella que es la madre del Maestro jamás utiliza este título para buscar algún beneficio personal, sólo la vemos intercediendo, en una ocasión, frente al posible bochorno que iban a enfrentar los novios en su celebración, cuando, con su hijo, estuvieron presentes en las bodas de Caná.

No debemos olvidar que lo que somos y tenemos, tiene su origen en la misericordia infinita de Dios que nos otorgó el ser, adornó nuestra existencia con atributos que nos

hacen capaces de crecer integralmente, desarrollarnos y lograr realizaciones que nos permiten usufructuar de sus beneficios.

Por eso debemos mirar a los demás como una obra salida de las manos del Creador y valorar lo que son, como producto de su amor misericordioso y respetar esa dignidad que poseen, dándole gracias por ellos, ya que son parte de su plan original, tal como nosotros; sin menospreciarlos en lo que son como personas y apoyándoles o ayudándoles en sus necesidades, en tanto cuanto esté en nuestras posibilidades hacerlo.



Y al presentarnos ante Él, debemos ser lo suficientemente humildes para reconocer su majestad infinita de Dios todopoderoso, alabarle y adorarle, apelando a su infinita misericordia por el perdón que requerimos frente a nuestras falencias y las ofensas con que hemos correspondido a su amor que jamás nos abandona, aunque le hayamos coronado de espinas y crucificado.

Y al presentarnos ante Él, debemos ser lo suficientemente humildes para reconocer su majestad infinita de Dios todopoderoso, alabarle y adorarle, apelando a su infinita misericordia por el perdón que requerimos frente a nuestras falencias y las ofensas con que hemos correspondido a su amor que jamás nos abandona, aunque le hayamos coronado de espinas y crucificado.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Somos conscientes de que frente a Dios no tenemos mérito alguno?
- ¿Es obligación o norma de buen vivir hacer el bien y rechazar el mal?
- ¿Por qué cosas valoramos a los demás o criticamos su proceder?
- ¿Pongo a disposición de los demás los dones con que Dios adornó mi vida?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.

*Porque el que se engrandece será humillado,
y el que se humilla será engrandecido.*

Lucas 18. 14

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 30.10.2022

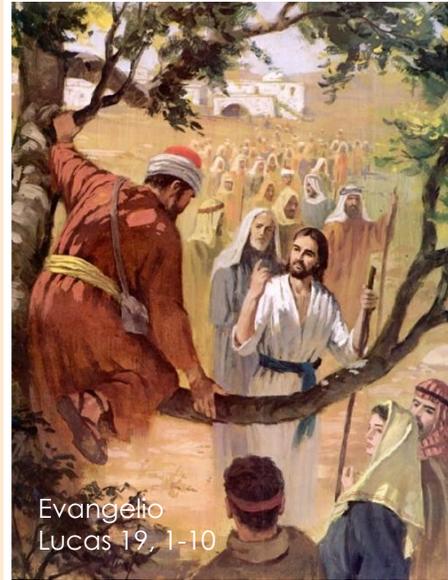
La Palabra (Extracto de Lc 19, 1-10)

Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad. Había en ella un hombre llamado Zaqueo, jefe de los que recaudaban impuestos para Roma y rico; quería conocer a Jesús, pero como era de baja estatura, no podía verlo a causa del gentío. Corriendo se adelantó y se subió a un árbol para verlo, porque iba a pasar por allí. Cuando Jesús llegó a aquel lugar, levantó los ojos y le dijo: *“Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que hospedarme en tu casa.”*

El bajó a toda prisa y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban y decían: *“Se ha hospedado en casa de un pecador.”*

Pero Zaqueo se puso en pie frente al Señor y le dijo: *“Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres y, si engaño a alguno, le devolveré cuatro veces más.”*

Jesús le dijo: *“Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán. Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido.”*



Una reflexión para la vida de familia

La narración que nos hace San Lucas de este pasaje de la vida de Jesús ocurrido mientras cruzaba por la ciudad de Jericó, nos habla de la atención que el Maestro prestaba a todo cuanto ocurría en su entorno. Es así como se percata de la presencia de Zaqueo subido en un árbol por donde debía pasar, ya que era de muy baja estatura y anhelaba ver de cerca al Señor.

Jesús, que poseía la capacidad de auscultar el alma humana se detiene al pie del árbol y, llamándole por su nombre le hace bajar: *“Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que hospedarme en tu casa.”* imaginemos por un momento la sorpresa de éste que jamás esperó algo semejante.

Esto dio pábulo para que quienes observaban la escena comenzaran a hacer comentarios: *“Se ha hospedado en casa de un pecador.”*

Ello contrastaba con la alegría del propio Zaqueo que organizó una cena para agasajar a Jesús y sus acompañantes. En medio de la celebración Zaqueo se paró enfrente de Jesús y públicamente le dijo: *“Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres y, si engaño a alguno, le devolveré cuatro veces más.”*

Ese era el resultado de la gracia de Dios en un corazón que tenía un anhelo íntimo como era el conocer a Jesús. Por eso en el contacto con Él surge la necesidad de la conversión, del cambio de la vida que hasta ese momento correspondía a su modo de ser y actuar, sintiéndose impelido a emitir las palabras que acabamos de leer.

La respuesta de Jesús es clara: *“Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán. Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido.”*

El Maestro ha confirmado con sus palabras que la gracia de Dios puede más que las consideraciones humanas. A Zaqueo le basta con la cercanía de Jesús para iniciar el cambio en su vida, porque su corazón estaba disponible para acoger la gracia que se le hace presente en la persona del Maestro. Con ello Jesús deja en claro que no hace acepción de personas y que su venida no es sólo para algunos, sino para todos, incluso para aquellos que han extraviado el camino y necesitan de una ayuda para rectificar el rumbo.

Este es un llamado de atención para todos cuantos se dicen sus seguidores o tienen anhelos de serlo. Quien desee seguir sus pasos ha de estar dispuesto a asumir su proceder, como en este caso; la atención que Él tiene frente a todo lo que ocurre en su entorno, para ver el corazón de los hombres y sensibilizarse con sus necesidades.



El mundo actual tiene también muchos Zaqueos que deambulan sin conocer a Cristo, porque su estatura espiritual es tan baja que les impide encontrarse con el Señor y sólo han oído hablar de Él, sin tener la oportunidad de su cercanía.

Esa es la misión de cada cristiano, llamado a ser testigo de la presencia viva de Cristo en el mundo actual, por el Bautismo recibido.

No son sólo palabras, este compromiso adquirido al ser inscritos en el corazón de Dios, por los méritos de su Hijo amado, como hijos de adopción por la gracia del sacramento. Y dicho compromiso conlleva la responsabilidad de hacer presente a todos esos Zaqueos y a quienes lo requieran, la presencia del Señor. ¿Cuál será, entonces, nuestra responsabilidad en su salvación al no permitirle se encuentren con Jesucristo a través de nuestra vida, nuestras palabras, nuestra cercanía y comprensión?

El Señor ha venido a buscar las ovejas perdidas por causa del pecado, la ignorancia y las costumbres imperantes que pretenden alejar al hombre (varón-mujer) del Dios infinito, sembrando en su corazón el materialismo, el egoísmo, el individualismo y todo aquello que permite el control de las voluntades por parte de quienes ostentan el poder. Por ello

crece la violencia, el descontrol, el libertinaje y el desprecio a la dignidad de la persona humana, sus derechos y deberes y la paulatina negación de la existencia de Dios.



No obstante, seguirán estando presentes todos aquellos Zaqueos que esperan una oportunidad para acercarse al Dios de la vida que camina entre los hombres, del que han oído hablar pero no le conocen, pues su estatura espiritual no les permite acercarse a Él.

Este es el campo de acción para todos los testigos de la buena nueva, la que han de llevar a todos los rincones, como el Maestro lo ha pedido

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿Hemos experimentado alguna vez un interés semejante al de Zaqueo?

¿Cómo fue mi acercamiento a Jesús? ¿Qué produjo en mí?

¿Soy consciente que hoy, también hay Zaqueos? ¿Hago algo por ellos?

¿Cómo hacer presente al Señor cuando la cultura actual lo niega?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Diácono Ronal Salvo Olave.

“Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán. Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido.”

Lucas 19, 9